

Gamero Cabrera, I. G. (2021) *La paradoja de Habermas. ¿Qué sucede cuando se aplica la teoría de la acción comunicativa a debates actuales?*, Madrid: Dado Ediciones.

Uno de los mayores deleites que puede regalarnos la filosofía es asistir en vivo al diálogo de un autor con sus críticos y este libro escrito por Isabel Gamero nos da la oportunidad de sumergirnos en ese despliegue de tesis y respuestas. Tenemos a la mano, relatado de manera académica y, al mismo tiempo, accesible y amena, todo el juego de argumentos y contraargumentos que se han ido desarrollando a lo largo del tiempo en torno a la teoría habermasiana. Esta obra permite tener una panorámica de ese intercambio de contenidos y de la constelación de conceptos que conforman esta conversación filosófica. Ahora bien, *La paradoja de Habermas. ¿Qué sucede cuando se aplica la teoría de la acción comunicativa a debates actuales?* no sólo tiene un carácter descriptivo, sino que su posicionamiento es radicalmente crítico a la hora de explicar ciertos nudos estructurales e incoherencias que han ido aquejando a la teoría habermasiana a lo largo del tiempo y que han quedado sin resolver. A su vez, este relato hace justicia a todas aquellas nociones y conceptos que, pese a dichas objeciones, se han ido solidificando y que se muestran útiles como herramientas para interpretar la realidad humana desde coordenadas racionales.

Isabel Gamero nos ofrece ese despliegue teórico sirviéndose de un hilo conductor que permite entender las diferentes dinámicas argumentativas establecidas en el debate entre Habermas e interlocutores críticos como Benhabib, Rorty, Fraser o la propia Gamero. Pese a las posibles contradicciones presentes en la teoría habermasiana, se le reconoce el mérito de su carácter adaptativo, su capacidad para evitar el anquilosamiento teórico, el esfuerzo de irse actualizando y de tener presentes las críticas lanzadas por sus objetores. Siendo este el marco, el problema de fondo que explica la autora, a nivel de contenidos, es la constante tensión existente en Habermas entre una concepción trascendental y normativa de la acción humana y una inevitable tendencia a la contingencia, propia de la particular posición desde la que el autor enuncia sus tesis.

Gamero refleja ese dinamismo en la forma en que dispone la obra misma pues, estando forma y fondo conectados, el libro se plantea a modo de dos bloques simétricos, que además de permitir una fácil lectura, expresan y performan las dos tendencias que arrastra la filosofía habermasiana según la tesis del libro: sus posiciones más idealistas de la racionalidad comunicativa y las más falibilistas relacionadas con el mundo de la vida, lo que conduce a “un callejón sin salida y una argumentación circular” (p.311). Ambos ejes sufren cambios a medida que Habermas va integrando las diferentes objeciones que recibe de otros teóricos y teóricas, pero siempre acaban entrelazados y nunca disueltos. En la primera parte, titulada *La razón comunicativa*, encontramos nueve secciones en las que se introduce la teoría de Habermas y en las que se explica el funcionamiento este modelo ideal de consensos y de habla (1970-1975), así como las distintas etapas que va atravesando

este pensamiento en su relación con el lenguaje (1975-1982), con la ética (1986-1987), con el pragmatismo y el falibilismo (1988-2000), con la sociedad postsecular (2001-2020) y con el tema del aborto (1985-2015). La crítica final a la antinomia de esta razón comunicativa termina dando pie al pensamiento de Wittgenstein. La segunda parte del libro replica en espejo este mismo esquema, pero desde la perspectiva de la interpretación habermasiana del mundo de la vida: se explica esta posición en su conexión con el aspecto fenomenológico (1970-1971), con la teoría de Moore y de Wittgenstein (1972-1981), con los procesos comunicativos (1981-1987), con la etapa posmetafísica y pragmática (1988-2001), con la sociedad postsecular y cuestiones actuales (2001-2020), estando la crítica final dedicada a la antinomia que presenta esta idea mundo de la vida. Esta segunda parte se cierra con el retorno a la razón comunicativa para mostrar la circularidad de la propuesta habermasiana.

Habermas toma como punto de partida la idea de que todos los individuos comparten la misma capacidad racionalidad comunicativa, lo que supone dar argumentos y comprender los de los demás, aunque no se esté necesariamente de acuerdo con ellos. Siendo esta la condición de posibilidad de cualquier diálogo, su ejercicio requiere de unas pretensiones de validez - incluidas, entre otras, la sinceridad y el respeto entre los interlocutores - que aparecen como un ideal demasiado normativo a ojos de autores como Benhabib o Wellmer, para quienes dicho modelo no se ajustaría a la realidad, para empezar porque no todos los sujetos tienen las mismas condiciones de partida y porque, por otro lado, tampoco resulta claro que eso resultara deseable, ya que la pluralidad se vería gravemente afectada y porque se produciría el igualamiento de posiciones que no gozan de la misma calidad.

Dichas críticas habrían obligado a Habermas a bajar más a tierra sus pretensiones idealistas y universalistas, ligando esa racionalidad a las condiciones lingüísticas de los seres humanos. Según Gamero, aquí queda puesta de relevancia la circularidad que siempre acompaña a Habermas, pues el punto de partida, la racionalidad, ya sea como estructura compartida o como presupuesto de la comunicación lingüística, se convierte a su vez en objetivo: “la racionalidad comunicativa y las pretensiones de validez parecen encontrarse al inicio y en la meta de los discursos humanos” (p.53). Habermas intenta deshacer este nudo formulando la distinción de dos ámbitos, el de la de la ética universal, formal y sin contenidos y el de la de las tradiciones particulares, si bien, el modo en que estas deban conectarse resulta demasiado abstracto según sus críticos.

En una etapa posterior, Habermas reconoce que las pretensiones de validez no se pueden cumplir a la perfección, que existe un carácter contrafáctico en esa racionalidad ética-comunicativa, pero eso no evita que siga considerándola como un canon de normalidad o idealidad, olvidando otras culturas o modos de comprender esa racionalidad y enfrentándose así a críticas por “androcentrismo, etnocentrismo y evolucionismo” (p.64), pues aunque pareciera tratarse de una racionalidad formal, según sus objetores, impondría un modelo que olvidaría el falibilismo y la pluralidad.

Esto lleva a Habermas a considerar, tomando ideas de Rorty, la importancia de vincular dicha racionalidad con su aspecto más pragmático y cotidiano. Si bien mantiene la necesidad de reconocer cierto falibilismo, sigue asentando la racionalidad en tesis universalistas, algo criticado por el propio Rorty. Para este habría que resaltar cómo en ocasiones dicha universalidad se ha instalado a través de métodos violentos, en vez de dar por sentada esa supuesta neutralidad, como haría Habermas, quien olvida la discriminación que han sufrido históricamente, por

ejemplo, las mujeres. Ahora bien, y como se ha mencionado anteriormente, uno de los mayores atractivos del libro es su insistencia en la respuesta y la reformulación que hace Habermas de sus propias tesis, haciendo gala de que al menos es posible, si quiera, intentar el esfuerzo de poner en práctica la racionalidad comunicativa que él defiende. Y en ese constante esfuerzo de conectar la noción abstracta de racionalidad comunicativa con un asiento más fáctico, Habermas encuentra en la interpretación fenomenológica del mundo de la vida un contrapeso al excesivo idealismo de su propuesta de racionalidad. Sin embargo, esto también le acarrea ciertas críticas a las que intenta dar su correspondiente respuesta. El mundo de la vida, ese contexto pre-teórico compartido por todos los sujetos a nivel vivencial olvidaría, según sus críticos, el pluralismo ínsito a esas vivencias, por no hablar de que su particular interpretación incorpora ya una actitud teórica determinada.

Para matizar esta propuesta de corte husserliano Habermas se apoya en las nociones de sentido común y certezas, en línea con las teorías de Moore y Wittgenstein. Ahora bien, la manera en la que Habermas interpreta a este último desvirtúa la pluralidad y la contingencia que Wittgenstein había otorgado a esas certezas; Habermas las considera inmutables y fijas, estableciendo, una vez más, un canon de normalidad que conduciría a asignar calificaciones de irracionalidad o locura a todo aquello que se salga de esas líneas de demarcación.

Otro paso en la evolución de la comprensión habermasiana del mundo de la vida se acerca más a la sociología, al entender que existe una comprensión mutua entre los miembros de los diferentes grupos sociales que generaría una unidad creadora de vínculos, los cuales encontrarían en las sociedades premodernas un espejo en el que mirarse. Ahora bien, esta excesiva nostalgia del pasado conduce a una idealización exagerada que no tiene en cuenta, tal y como comenta Fraser, las desigualdades y conflictos existentes en esas sociedades pasadas y en el ámbito privado tan loado por Habermas. Con todo, el filósofo siguió intentando destrascendentalizar sus conceptos, acercándose más a la experiencia a través de una comprensión más pragmática de su teoría y siendo consciente de la dificultad de conseguir consensos. Aunque no renuncia al planteamiento de un ideal teórico, es consciente de que la tensión entre estas dos verdades - la práctica y la ideal - es irresoluble. A pesar de estas concesiones, los críticos consideran esta visión demasiado inmovilista, ya que Habermas seguiría imponiendo su comprensión como la más válida pese al reconocimiento del falibilismo.

El libro de Isabel Gamero se torna especialmente actual al aplicar el método habermasiano a asuntos que hoy en día siguen suscitando gran debate entre la población, como el aborto, el Brexit, los independentismos, el uso del hiyab en los países occidentales o la convivencia entre distintas confesiones religiosas en el seno de las sociedades contemporáneas. Aquí se ve de nuevo “la tensión que se da entre el carácter abstracto del concepto de racionalidad comunicativa y la vocación práctica” (p.147), pues pese a que el ideal de racionalidad comunicativa impone la necesidad de comprensión de los argumentos del oponente e incluso su aceptación si son coherentes, ese ejercicio no es suficiente para dar salida al confrontación entre perspectivas, que representan más que simples posiciones y que, por implicar maneras prácticas de vivir, no reconocerán el valor de las opiniones del oponente aunque las comprendan racionalmente. En línea con esa necesidad de aplicación del método racional comunicativo, uno de los temas que más ha interesado a Habermas ha sido el del diálogo interreligioso en el marco de sociedad postsecular propio de

las sociedades contemporáneas, en las que el excesivo positivismo y las prácticas capitalistas individuales habrían disuelto los nexos comunitarios. Habermas apuesta por el aprendizaje mutuo entre religiones que incorporaría la necesidad de reconocer la importancia de los contenidos religiosos y de la tradición.

La comprensión del respeto a las diferentes posiciones y la necesidad de alcanzar acuerdos, si bien loable, no puede evitar la incompletud siempre presente en la teoría de Habermas, y es que, pese a que se dé la posibilidad del entendimiento y la comprensión, la reconciliación completa no parece realizable, al igual que parecen incompatibles los extremos del normativismo más idealista y del falibilismo más contingente entre los que oscila su propio pensamiento. Siendo Habermas consciente de que existe una distancia infinita entre teoría y práctica y apostando por la necesidad de conectarlas, o, más bien, de fijar un ideal normativo como un horizonte kantiano al que no se puede renunciar pero que ayuda a enfocar nuestras acciones en una determinada dirección, no acaba de quedar claro cómo esa unión es posible o qué sinergias empujan a la práctica a dirigirse en la dirección del bien idealizado. Como explica Gamero a lo largo del libro, el principal problema que advierten sus objetores es que ese ideal normativo, o queda definido en clave universalista, con todos los riesgos que esto conlleva, o está condenado al más puro relativismo. Este es el gran asunto que queda sin respuesta en Habermas, ahora bien, el hecho mismo de haber planteado esta tensión y de representar esa contradicción ínsita a la condición humana ya arroja luz sobre lo que significa vivir y pensar como seres humanos en sociedades plurales.

Laila Yousef Sandoval
Universidad Complutense de Madrid
lyousef@ucm.es